

José Luis Álvarez

# Evaluar a presidentes de gobierno

Las exageradas pompas fúnebres de Adolfo Suárez han reflejado la inquietud institucional ante la pulsión populista de la población. Para canalizarla, no le ha importado a la clase política simular idolatrar al más personalista de nuestros presidentes, el menos programático y preparado, el que más ha utilizado la política como ascensor social personal y familiar, quien había sido nada menos que jefe del partido único y director de televisión pública de una dictadura.

Las exequias de Suárez resaltan la importancia de evaluar objetivamente a los presidentes de gobierno. Todos son elegibles. El servicio al Estado, cuando poca gloria podía esperar, de Calvo Sotelo. Las competencias inigualables en toda circunstancia y lugar—desde los sutiles salones de Bruselas hasta los sudorosos mítines electorales—de González. La comprensión por Aznar de las dinámicas de alta fricción propias de una democracia moderna. La agilidad táctica de Zapatero, equiparable a la de Suárez—son los dos presidentes más parecidos entre sí, y al *Mirabeau* de Ortega. Y el dominio de los tiempos de Rajoy, quien ha captado la esencia del ejercicio del poder conservador: gastar siempre el menor capital político posible.

Es revelador de la inmadurez, y rencores, de la democracia española que todos los presidentes hayan acabado mal: cuando salieron de la Moncloa no sólo finalizaron su carrera política, sino que también dejaron a su partido inhabilitado por varias legislaturas para volver al Gobierno. Cuando el ciclo político viró en su contra, todos perdieron el poder. No importó cuán brillantes sus capacidades o atractivo su carácter e imagen, su liderazgo no soportó un cambio de ciclo, un contexto adverso—como ocurre siempre, también en la dirección de empresas o en cualquier otra actividad—. Así, Suárez fue apartado, con el desprecio desagradecido que se ejerce sobre los *parvenus*, cuando el tiempo de la reforma desde dentro del franquismo había acabado. Calvo Sotelo sólo pudo entregar el testigo al PSOE, en medio del colapso del ciclo centrista que había pilotado la

transición. El fatalismo final de González—señalado en este diario por Juliana—dejó al PSOE desestructurado, todavía hasta ahora, ante el agotamiento del ciclo socialdemócrata. Zapatero fue el más revelador del dominio de las contingencias externas. Su estilo fue de un solo palo, válido para contextos económicamente benéficos. Todos fueron derrotados por ciclos políticos contrarios. Con una excepción: Aznar.

El presidente popular, testigo y agente

personal, se reveló contra la fuerza impersonal y fatal de los ciclos políticos, quienes quitan y ponen presidentes y liderazgo.

Sin embargo, los exámenes de liderazgo vienen en circunstancias no elegidas. Aznar tuvo el más difícil, dramático e inesperado test de todos los presidentes: el 11-M, que suspendió estrepitosamente al haber perdido en su descontrolada segunda legislatura—aquella en la que, según declaraciones de Duran Lleida en el 2006 “enloqueció políticamente”—la sintonía con la ciudadanía, la voluntad y capacidad de actuar políticamente, es decir, de autocontrolarse y calcular las consecuencias de sus actos. Ningún presidente fue tan él mismo como Aznar entre el 2000 y el 2004 y ninguno fue tan descarnadamente rechazado como él, por ser él, el 14-M (en aquellas elecciones no se presentaba realmente Rajoy, entonces mero vicario, se presentaba Aznar). El presidente que tuvo la audacia de renunciar a la presidencia cuando tanto poder tenía, de intentar marcharse antes de que lo echaran, el que quiso ser dueño de su propio destino adelantándose a los cambios de contexto, fue el que más falló personalmente. Fue el único cuya marcha la determinó él mismo, pero los resultados fueron los opuestos a los que ansiaba.

Si desde el punto de vista de competencias personales y de logros institucionales—incorporación del ejército a la democracia e ingreso en la Comunidad Europea—González es el líder indiscutible e inalcanzable de la democracia española, y en palabras del periodista Graciano



OSCAR ASTROMUJOFF

de la caída de González, no quiso que le pasase lo mismo. Se dio cuenta de que si hubiese que proponer un examen específico al liderazgo presidencial español este sería cómo los presidentes preparan su sucesión. Y sus predecesores suspendieron ese test. A Suárez lo apartaron de la Moncloa en una maniobra propia de un país premoderado, en un pregolpe al golpe. Calvo Sotelo no tenía ni partido en qué pensar para una sucesión. Falto de energía, hastiado de las divisiones en propio partido, González dejó al PSOE sin ideología, habilidades tácticas y sucesor. Aznar supo que si hacía la sucesión mejor que González él pasaría a ser el gran líder presidencial español. Y al iniciar desde la mayoría absoluta su propio reemplazo, Aznar, católico, creyente más que ninguno en el liderazgo

Palomo, “espejo maldito” de todos los presidentes, pues a todos gana en la comparación, es Aznar el caso más interesante, de quien más pueden aprender los ciudadanos sobre liderazgo, no como su ilustración ideal, sino como ejemplo de la fragilidad de la fantasía en la existencia de unas gentes pretendidamente especiales, los líderes, capaces de vencer a sus circunstancias y rescatarnos en tiempos de zozobra.

Habrà que ver si Rajoy, con González el más frío, desapasionado, escéptico, realista y calculador de los presidentes españoles, escapa a la maldición del cargo. Su primer test, común con Zapatero, la crisis económica, él lo está superando. Le queda el examen, para él inesperado y molesto, de Catalunya. Será interesante ver qué pasará.●

Pilar Rahola



## La isla

Gracias a Rajoy, que es un poeta, sabemos que Catalunya no es un planeta vagando por el espacio sideral, sino la isla de Robinson Crusoe.

O sea que lo nuestro no es cosa de los astros sino del *National Geographic*. No es un mal símil, porque no me imagino nuestro aterrador aislamiento—Rajoy *dixit*—acumulando déficit fiscal. Y además, tal como somos, en dos días la isla tendría hoteles, clínicas, escuelas y hasta una casita para que Rajoy viniera a visitarnos. Pero la verdad es que después de escuchar el debate, creo que el presidente se equivoca y que, ciertamente, es una cuestión de galaxias. Es decir, o ellos hablan un idioma extraterrestre o lo hablamos nosotros, pero desde luego no hablamos el mismo. Tanto, que de retorno a casa, la constatación de estar en relatos, tiempos, gramáticas y universos paralelos es inapelable.

Días tendremos para valorar los días que vendrán, pero hoy toca hablar de lo ocurrido en sede parlamentaria, aunque se ha parlamentado poco y se ha monologado lo previsible. ¿Qué ha dicho Rajoy? Ha dicho no. ¿Qué ha dicho Rubalcaba? Ha dicho

## Dos días y la isla tendrá hoteles, clínicas, escuelas y una casita para que Rajoy venga a visitarnos

no. ¿Qué han dicho nuestros tres, con Duran y Coscubiela de refuerzo? Han dicho sí. Pues eso. A partir de aquí hemos escuchado una larga retahíla de tópicos y excusas cuya única finalidad era evidente: utilizar el parapeto de la democracia para negar la democracia. Y no hay mucho más, aunque haya habido mucho. Las posibilidades existen, y existen tanto que hasta las reconoce el Constitucional. El problema es de calado, y no responde a un partido, sino a un gran entramado social. El conflicto es público, y lo es tanto que ya lo conocen hasta en Papúa Nueva Guinea. Sin embargo, en el Congreso de los aguerridos leones del españolismo, se unen Rajoy y Rubalcaba con sus espadachines upeyberos y lo niegan todo, las posibilidades, el anhelo social, el conflicto y hasta por negar nos niegan la condición de nación, a pesar de acumular mil añitos de historia. Y mientras en los países decentes se resuelven los conflictos territoriales de la única manera civilizada, con las urnas, aquí bailan la yenka del no pasarán los de derechas y los de izquierdas, tanto monta, que monta tanto que ha dado penita ver a Rubalcaba haciéndole el trabajo sucio a Rajoy.

Quizás no es Catalunya la isla, sino España, vista la forma tan extraña de entender la democracia que tienen sus notables patriotas. Al final, muchas palabras, algunos divertimentos—como los esfuerzos de Rajoy por demostrar que la independencia sería una plaga bíblica—y ninguna opción. ¿Y ahora qué? Porque si algo ha quedado perfectamente visualizado a través de las cinco voces catalanas que han pedido la consulta, es que esto acaba de empezar y que el portazo español no sólo no desalienta, sino que consolida. Hoy no han cerrado nada, ni tan sólo en falso. Únicamente han podido ver de cerca la dimensión del problema que tienen.●

J. L. ÁLVAREZ, autor del libro *‘Presidentes de gobierno: ideología y oportunidad. Claves del liderazgo político’*

Jordi Llavina

# Sed toda la vida

Recuerdo que, desde que empecé a leer la obra de Joan Vinyoli, treinta años atrás, me sorprendió la alta frecuencia con que aparecía en ella el concepto de *sed*. No la sed más perentoria, la de la urgencia de beber, sino una más honda, la que el diccionario define así: “Apetito o deseo ardiente de algo”. Es esta la sed a la que se refiere el autor en su poesía, que, a grandes rasgos, podría definirse como el reflejo literario, humanísimo, de un espíritu inquieto permanentemente sediento.

En el poema quinto de *Libre d'amíc*, la sed representa el anhelo de fusión con el objeto amoroso—una sed insaciable por naturaleza—: “Viniste a donde yo dormía / y me despertaste / y me invitaste a tener sed, / una gran sed para la cual / te

hiciste copa en que poder beberla” (traducción de Marzal-Soria, Pre-Textos). Se trata de un poema concebido desde la búsqueda del absoluto, un poema—lo aclaró el propio autor— eminentemente religioso. (Por eso el libro se quedó en un cajón durante veinte años: al escribirlo, aquí lo que triunfaba era la poesía social.) Y, aun así, podemos leerlo como si se tratara de un texto amoroso, acaso porque la más delicada y extrema poesía mística (Lull, Santa Teresa de Jesús) suele tener algo de inajenablemente erótico, algo que hace que los dos *transportes* sean comparables. Copa en la que se pueda beber la sed: ¡qué hermoso sinsentido, qué imposibilidad empírica (y qué gran *posibilidad* lírica!), que dan cuenta de la condición permanentemente sedienta de nuestra naturaleza!

La sed está en toda su obra. La amorosa: “La sed que no muere / es aprendida de nuevo”, una noción de la sed que Vinyoli tomó de su admirado Rilke (de aquella “sed sin tregua que nos magnífica, sin dejarla calmar”).

En la obra del barcelonés, la sed es amplia y variada, y se identifica, asimismo, con el deseo de trascender nuestra miserable condición: “Sed de vida más alta / que me colmas”. Se trata de la sed del “corazón que en verdad ama”, imposible de saciar, porque es la del conocimiento auténtico: “Puedo decir, por fin: en esta fuente bebo, / y bebo hasta morirme / de sed de querer más sin saber qué, / que así nunca se muere / en realidad del todo”. Y es que sólo los muertos dejaron de tener sed. Solo ellos han dejado de “vivir en la carencia de alguna cosa siempre”.●